

las colaboraciones asiduas de los primeros intelectuales del país.

El intelectual se agrupaba aquí o allá, siendo ésos otros tantos «medios de expresión y comunicación». El Ateneo de Madrid tuvo de presidentes sucesivos a Marañón, Azaña, Valle-Inclán y De los Ríos. Luis de Tapia, Obregón y Pedregal fueron sus secretarios. Algo decimonónico, ese ligero anacronismo no le impidió ser un centro vivo de debates.

La Residencia, siempre bajo la dirección de don Alberto Jiménez Frau, constituyó punto de encuentro de valores maduros y jóvenes en un clima de diálogo y de tolerancia (8).

Por último, y aunque el tiempo apremia y el papel, ¿cómo no enunciar siquiera algunas de las tertulias de los intelectuales madrileños de aquellos tiempos? La de Pombo, primero, bajo el pontificado de Ramón Gómez de la Serna, inmortalizada por Gutiérrez Solana. Las revistas también tenían las suyas, más coherentes: Ortega presidía la de «Revista de Occidente» (Walter Starkie dijo que «más que tertulia era un simposio donde Ortega oficiaba de Sócrates»). Y allí, Vela, secretario de Redacción; Morente, Jarnés, Cabrera, Luzuriaga... Alguna que otra vez, ministros de la extinguida «Agrupación», como Iranzo o Rico Abello, y doctores como Pittaluga, Marañón o Lafora. Dos mujeres: María Zambrano y Maruja Mallo.

En «Cruz y Raya», más modesta, «oficiaba» Bergamín y eran asiduos Xavier Zubiri, Eugenio Imaz, Rosales.

En el Lyon fundó una tertulia, hacia el año 30, Salazar Chapelá, de la que eran asiduos Guillermo de Torre, Obregón, Pittaluga, Arconada, Halffter... Pero el Lyon, como La Granja, fue café de tertulias múltiples; la que tenían Sánchez Mejías, Bergamín,

Semprún, Fernández Almagro... Otra a la que iba Valle-Inclán cuando estaba en Madrid. Antes iba a la famosa del Regina, donde él y Azaña eran las primeras figuras. Desde 1930; luego siguen allí Martín Luis Guzmán, Doménchina, Díez Canedo, Rivas Cherif, Luis G. Bilbao (el mecenas de «España»), todos amigos personales del jefe del Gobierno. Signo muy opuesto tiene la tertulia del Europa, presidida por Moulane Michelena, con Fernández Cuenca, Sánchez-Mazas, Aparicio, José María Alfaro... Mientras que, más



Rafael Sánchez-Mazas.

ajena a lo político, la tertulia de la cervecería de Correos acoge a Lorca y Ugarte con los muchachos de «La Barraca». Alguna que otra vez llega el joven cónsul de Chile, que se llama Pablo Neruda. Pero es en casa de éste (arquitectura alegre de ladrillos y cristales de la «Casa de las Flores») donde se reúnen con él Aleixandre, Dámaso Alonso, Pancho Cossío y un joven de Orihuela, Miguel Hernández. Al margen de ese bullicio, don Antonio Machado tiene su tertulia en el castizo café Varela; sus hermanos, Ricardo Baroja, algún raro señor de pueblo... y Unamuno cuando va a Madrid. En fin, La Granja del Henar, adelantada de las tertulias en el decenio anterior, es ahora un hervidero de ellas, las más juveniles.

¿Por qué hablar de las tertu-

lias? Porque sin evocarlas se mutilaría imperdonablemente la manera de ser del intelectual de la época; fidelidad a la tertulia, a la que vuelve el joven catedrático destinado en provincias, el otro que es diplomático, el de más allá que es gobernador... La tertulia tenía también en los años treinta un «engagement», confesado o no, involuntario o consciente, que desconocieron las de fines del siglo XIX. El intelectual de los «años treinta» dejó de ser el del 98, tanto en ideas como en métodos, como en medios de difusión, como en contactos con el público, en prestigio, en condiciones de vida. El escritor «maldito» y el maestro «muerto de hambre» habían pasado de moda; el problema del desempleo que la crisis económica presenta para el obrero de campos y ciudades (mucho más para el del campo o para el no calificado de la construcción) no existe para el intelectual de 1933, con más puestos de trabajo que antes, más posibilidades de escribir, mejor remuneración en la prensa (promedio de 100 pesetas por artículo de diario, sueldos de redactores de 400 a 675 pesetas), sueldos más elevados en la enseñanza, consideración social de la función de intelectual...

Y, sin embargo, ese mismo intelectual está en la encrucijada; su labor crítica de lo contemporáneo —y del pasado— no está enteramente completada por una alternativa de nuevos valores y de nuevos métodos de cara a un porvenir, sin duda, incierto y borrascoso. Para muchos sigue siendo verdad aquello de Larra: «Aquí yace media España, murió de la otra media». Hay que reconocer que los enfoques «estetizante» y «moralizante» (por no hablar sino de los que parten de más alta estimativa) van a ser, cada vez más, insuficientes para cumplir la función del intelectual: horadar la realidad «aparencial» para profundizar hasta la verdad esencial de los hechos y de sus conexiones, para dar una explicación global capaz de fundir conocimiento (toma de conciencia) y consiguiente decisión operativa.

■ MANUEL TUÑÓN DE LARA.

(8) Es de mención obligada —por mucho que pueda extrañar al lector de nuestros días— la aportación y facilidades que ofrecía la radio a la obra de los intelectuales a través de conferencias, de radiación de obras, crítica objetiva, etc., con escritores de primera calidad y de las más diversas familias ideológicas. Debe mencionarse la aportación radiofónica al aniversario cervantino de 1934 y al centenario de Lope de Vega en 1935.

LA CIENCIA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO

En el mundo supertecnificado en que vivimos, la ciencia es un valor supuesto, aunque en muchos países —en los países subsidiarios económica y culturalmente— se considera que la creación científica es una de las tareas que típicamente se debe realizar en las metrópolis, zafando así a la ciencia de la posición que le corresponde, al igual que cualquier otra actividad intelectual, en el complejo mosaico de la cultura de un país.

Digo esto porque, en general, cuando se trata de temas relativos a la cultura española se omite o sólo se alude superficialmente a la componente científica de nuestra cultura. Una de las principales razones de que esto ocurra es, sin duda, lo poco floreciente de la ciencia española en cualquier época; pero ésta no es la única causa, ya que científicos ha habido, e incluso la ausencia de nutrida pléyade debería ser un buen tema para los que se ocupan de la cultura patria. Más bien creemos que hasta épocas recientes la ciencia se confundía con pensamiento objetivo, y éste era considerado peligroso cuando no escrutaba micromundos, sino que contemplaba los privilegios de una sociedad feudal y aristocrática y los hacía peligrar. Un ejemplo que apoya esta tesis es el estudiado matemático Cuesta Durtari, actualmente profesor de la Universidad de Salamanca. Se trata de las vicisitudes de la Escuela de Filosofía creada en Salamanca por Carlos III y sometida a fuertes presiones para su clausura tras el triunfo de la Revolución francesa, por considerarla a dicha Escuela perniciosa para el «status» universitario, y aun del sistema monárquico en general, y eso que en dicha Escuela se enseñaban, bajo el epígrafe de Filosofía, las Ciencias que hoy llamamos Exactas, y de que el principal impulsor de dicha Escuela era el eminente matemático, poco estudiado y por muchos desconocido, Juan Justo García, introductor del cálculo infinitesimal en España.

Sin embargo, consideramos que en la actualidad ese temor al papel denunciante de la ciencia va desapareciendo, al estar la ciencia domeñada por los poderes establecidos, y sometida a su servicio,

ERNESTO GARCIA CAMARERO



Julio Rey Pastor impuso con inteligencia y tesón el estudio de las Matemáticas en la Junta para Ampliación de Estudios.

con lo cual el sistema ha conseguido un fuerte apoyo para su sostenimiento. Al desaparecer este temor básico, es de esperar que una vez conseguidos las técnicas y los hábitos de estudio necesarios, se consiga, si no grandes creadores y organizadores del pensamiento, al menos los profesionales necesarios para atender a la gran máquina del sistema. Por eso, al escribir hoy sobre la ciencia y sobre su historia, nos vemos obligados a hacerlo con menos ingenuidad, ingenuidad escolar en muchos historiadores, y más preocupados por quienes controlan la ciencia que por quienes la hacen.

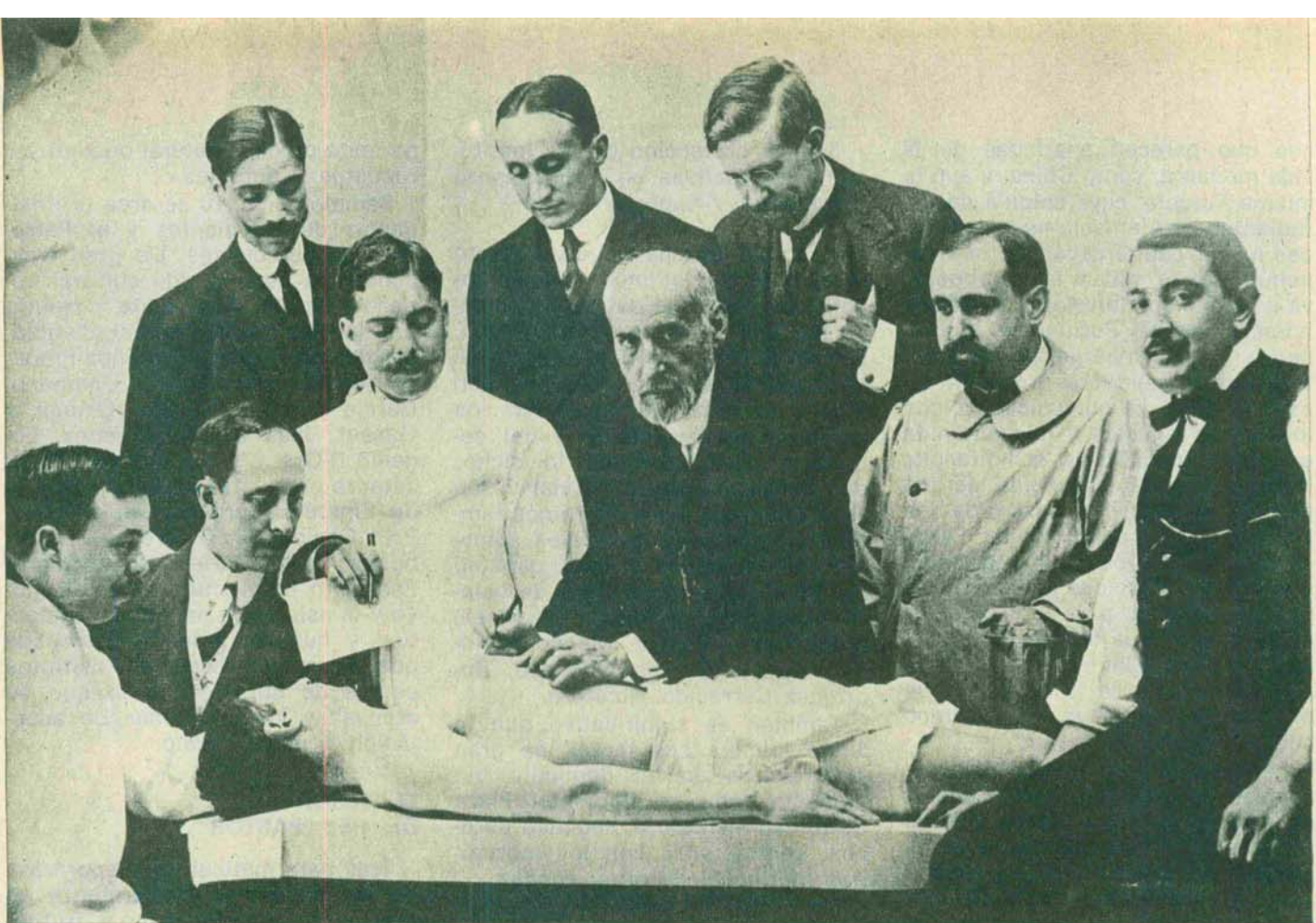
Visto esto, queremos simplemente reseñar algunos aspectos de la

ciencia española y destacar que en los últimos doscientos años siempre ha habido algún momento estelar en nuestra creación científica, desapareciendo bruscamente y silenciado posteriormente.

Esto ocurrió durante el reinado de Carlos III. En esta época se prestó gran atención a la ciencia y se recuperó gran parte del tiempo perdido desde el siglo XVI. Se crea un centro de Investigaciones científicas, para el que Villanueva construiría el que es actualmente Museo del Prado, y junto a él se alzaría el Jardín Botánico, con muestras de las más variadas especies; Félix de Azara sería uno de los grandes naturalistas de la época. Jorge Juan y Ulloa medirían un segmento de meridiano en Perú con vistas a fijar el metro patrón. Elhuyar, en el seminario de Vergara, creado por la Real Sociedad Vascongada, descubrió en 1783 el **wolframio**, y su discípulo Andrés del Río descubrió otro elemento, el **vanadio**, en el **Real Seminario de Minería** de Méjico, fundado por Elhuyar en 1898, tras su emigración al país azteca. Basten estos ejemplos para comprobar una intensa actividad, posteriormente truncada durante el reinado de Carlos IV, y sobre todo durante la oscura época del absolutismo de Fernando VII.

El siglo XIX hubo de comenzar de nuevo sin tradición, sin las instituciones creadas y desaparecidas, con el tejer y destejer científico, sobrellevando el sentimiento de esterilidad que supone construir sobre lo destruido.

Hacia mediados de la pasada centuria, estimulados por un aire liberal, se crean nuevas Instituciones científicas: la Facultad de Ciencias en la Universidad de Madrid, la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Instituciones que



Santiago Ramón y Cajal con los doctores Achúcarro, Francisco Tello, Becerro Bengoa y otros.

si en un principio no son mayormente productivas, al menos van a polarizar la atención sobre la ciencia y a estimular la aparición de nuevos cultores.

El siglo finalizará ya con cierto número de científicos con una producción de buena calidad. Citemos sólo algunos nombres: Ibáñez-Ibero, Eduardo Hinojosa, Jaime Ferrán, Santiago Ramón y Cajal, Leonardo Torres Quevedo, Ramón Turró, Federico Olariz, Eduardo Torroja, José Echegaray, García de Galdeano, Reyes Prosper. Estos hombres cultivaron la Medicina, la Ingeniería, la Antropología, la Matemática, la Física, y en muchos casos fueron creadores de primera magnitud, como Ramón y Cajal, Ferrán o el gran precursor de la automática Torres Quevedo.

LA JUNTA DE AMPLIACION DE ESTUDIOS

Con estos antecedentes de eminentes cultivadores de la ciencia se iba a hacer, a principios del presente siglo, el mayor intento que se ha realizado en toda la Historia de España para promover la actividad científica en nuestro país, intento que lograría llevar a la ciencia española hasta las proximidades de la ciencia mundial. Este intento fue la creación de la **Junta para Amplia-**

ción de Estudios e Investigaciones Científicas.

Dos fueron los imperativos históricos que movieron a la aparición de la Junta: la necesidad de dar al soporte científico y tecnológico a la industrialización necesaria y naciente en nuestro país, y la necesidad apremiante de una filosofía racional que invalidara el antiguo pensamiento dogmático y diera soporte a un liberalismo que permitiera un desarrollo industrial-capitalista.

Es precisamente este último aspecto el que dio a la ciencia española del último siglo, y aun de los dos últimos siglos, ese carácter de controversia político-filosófico-literaria, y es el que la Junta venía a sobrepasar, dotando la ciencia de procedimientos propios, conduciéndola a un tipo de organización superior en la que se sustituía el trabajo aislado por los grupos de trabajo y mediante la que se daba un adecuado soporte de laboratorios y bibliotecas, al tiempo que se aumentaban las relaciones sistemáticas con otros centros científicos de Europa.

Esta transformación era paralela a la que se estaba desarrollando en el país para pasar de unas estructuras feudales y agrícolas a otras liberales e industriales, con los cambios de todo tipo que esta mo-

dificación de estructura lleva consigo, entre ellos, el pasaje de una situación laboral campesina, a otra en la que la población obrera industrial crecía en cantidad y conciencia. Esta nueva situación incorporaba tal cantidad de iniciativas, que el pulso nacional alcanzaba un vigor nunca igualado con anterioridad.

Con estos antecedentes y en este contexto se crea la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas por impulso directo de la Institución Libre de Enseñanza, que ya algunos años antes había logrado que la Instrucción Pública pasara de ser tratada en una Dirección General del Ministerio de Fomento, a alcanzar por sí sola el rango ministerial.

El Real Decreto por el que se crea la Junta está firmado por Alfonso XIII, en el 11 de enero de 1907, y en la exposición del preámbulo, escrito por Amalio Gimeno, se incluyen los siguientes párrafos, que nos informan sobre el espíritu de la institución recién creada: «El pueblo que se aísla, se estaciona y se descompone. Por eso, todos los países civilizados toman parte en el movimiento de relación científica internacional, incluyendo en el número de los que en ella han entrado no sólo los pequeños Estados europeos, sino las nacio-

nes que parecen apartadas de la vida moderna, como China, y aun la misma Turquía, cuya colonia de estudiantes en Alemania es cuatro veces mayor que la española, la antepenúltima de todas las europeas, ya que sólo son inferiores a ella, en número, las de Portugal y Montenegro. Y, sin embargo, no falta entre nosotros gloriosa tradición en esta materia. La comunicación con los moros y judíos y la mantenida en plena Edad Media con Francia, Italia y Oriente, la venida de los monjes de Cluny, la visita de las Universidades de Bolonia, París, Montpellier y Tolosa, los premios y estímulos ofrecidos a los clérigos por los cabildos para ir a estudiar al extranjero y la fundación de Colegio de San Clemente en Bolonia son testimonio de la relación que en tiempos remotos mantuvimos con la cultura universal».

Pero no sólo se reconoce la necesidad de relación internacional y de estudio en otros países y otras Universidades, también se ve la necesidad de que la ciencia aprendida se pueda fijar en nuestro suelo; por eso continúa el preámbulo de la ley citada: «No olvida, el ministro que suscribe, que necesitan los pensionados, a su regreso, un campo de trabajo y una atmósfera favorables e que no se amortigüen poco a poco sus nuevas energías y donde pueda exigirse de ellos el esfuerzo y la cooperación en la obra colectiva a que el país tiene derecho. Para esto es conveniente facilitarles, hasta donde sea posible, el ingreso al profesorado en los diversos órdenes de la enseñanza, previas garantías de competencia y vocación; contar con ellos para formar y nutrir pequeños centros de actividad investigadora y trabajo intenso, donde se cultiven desinteresadamente la ciencia y el arte, y utilizar su experiencia y sus entusiasmos para influir sobre la educación y sobre la vida de nuestra juventud escolar».

Y en el texto del Decreto puede leerse la finalidad de la Junta: «Se crea en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes una Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que tendrá a su cargo:

1.º El servicio de ampliación de estudios dentro y fuera de España.

2.º Las delegaciones en congresos científicos.

3.º El servicio de información extranjera y relaciones internacionales en materia de enseñanza.

4.º El fomento de los trabajos de investigación científica.

5.º La protección de las instituciones educativas en la Enseñanza Secundaria y Superior».

Y no se trataba de un Decreto más, obra de la improvisación de políticos, sino que estaba respaldado por una Junta de personas que, con su talla y obra hecha, aseguraban que el espíritu superaba con mucho la letra. Bastaría citar los nombres del presidente y del secretario para confirmar lo dicho: don Santiago Ramón y Cajal y don José Castillejo. Pero citaremos también a alguno de los vocales, tomados más o menos al azar, para no dar aquí una fatigosa lista de veinte nombres: Echegaray, Hinojosa, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Sorolla, Torres Quevedo, Rodríguez Carracido, etcétera.

También es significativo que la Junta iniciara sus tareas de gran envergadura en un domicilio tan modesto como el siguiente: Plaza de Bilbao, número 6, segundo derecha, contrastando con los mortuorios mármoles de otras épocas.

Los frutos no tardan en plasmarse. En 1910 se crea una Asociación

LA CIENCIA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO

de Laboratorios, dependiente directamente de la Junta, que será financiada con recursos públicos y privados. En el mismo año se crea un Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales con la idea de que «al lado de las medidas encaminadas a crear nuevos organismos de cultura, hay a otras que tienden a obtener de las ya existentes mayores frutos. Es, en este aspecto, urgente procurar la solidaridad entre las personas que se ocupan en idénticos problemas y el auxilio e intercambio de ideas entre los que cultivan disciplinas conexas. En los países donde la vida científica es aún incipiente se hace esto doblemente necesario, ya se considere la conveniencia de formar pronto un pequeño grupo de trabajadores capaz de crear ambiente adecuado y sostener relaciones con los otros países, ya la ventaja de utilizar en común el material de los laboratorios y la ayuda de sus directores. Al mismo tiempo, la reunión de fuerzas que hasta ahora han permanecido disociadas puede contribuir no sólo al mutuo y fecundante influjo, sino al nacimiento de organismos nuevos que sólo surgiendo

por este proceso natural pueden ser robustos y durables».

También en 1910 se crea la Residencia de Estudiantes y el Patronato de Estudiantes. De gran trascendencia para la vida cultural española de los años veinte y treinta fue la Residencia de Estudiantes, dirigida por Alberto Giménez Fraud, en donde convivieron Unamuno, García Lorca, Machado, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors..., y han pasado por su cátedra eminentes figuras, como la de Einstein, Bergson, Paul Valéry, Paul Claudel, H. G. Wells, Le Corbusier, Ravel, Marie Curie... Con el Patronato se procuraba dar el apoyo y la asistencia necesaria intelectual y humana a los pensionados que se encontraban en distintos países de Europa, con lo que se atenuaban los problemas de adaptación al nuevo medio.

EL TESON DE REY PASTOR

Tras esta meticulosa preparación de los años diez se comienza en los veinte a recoger los frutos: Institutos de Física y Química, Laboratorios de Matemáticas, Institutos de Biología, etcétera, trabajan ya a plena marcha.

Así, Blas Cabrera monta y dirige el Laboratorio de Investigaciones Físicas, en los Altos del Hipódromo, donde actualmente están el Museo de Ciencias Naturales y la Escuela de Ingenieros Industriales, orientándolo fundamentalmente hacia la Magnetoquímica, disciplina en la que sería primera autoridad mundial. En torno suyo agrupa a un plantel de buenos colaboradores, como A. Moles, M. Catalán, J. Palacios, a los que más tarde se agregarían otros, como Duperier, uno de los creadores y mejores conocedores de las radiaciones cósmicas. El impulso, crecimiento y seriedad de los trabajos que se desarrollaban en el Laboratorio Cabrera atrajeron la atención de la Fundación Rockefeller, quien propuso subvencionar la creación de un nuevo Instituto Nacional de Física y Química, para lo que contribuyó con la donación del edificio y con las consignaciones iniciales para la adquisición de instalaciones de importancia. También auxiliaron para esta creación la International Health Board y la International Education Board, así como personas aisladas, entre las que se encuentra Avelino Gutiérrez, fundador y alma de la Asociación Cultural Hispano-Argentina, con 25.000 pesetas, y es curioso el



Duperier, al volver a España, recibido por las gentes de su pueblo, Pedro Bernardo (Avila).

donativo de 125.000 pesetas enviado por «un obrero de la Pampa». Fue inaugurado el 6 de febrero de 1932, y entre los eminentes profesores que asistieron al acto estaban Sommerfeld, Scherrer... El éxito alcanzado por los trabajos realizados en este Instituto de Física queda reflejado en los premios y distinciones, alcanzados por Cabrera como reconocimiento nacional e internacional a su esfuerzo: miembro de la Academia de Ciencias de París, a propuesta de Madame Curie y de Einstein; miembro del Comité Científico del Consejo Internacional de Física Solvay; secretario del Comité Internacional de Pesas y Medidas; presidente de la Real Academia de Ciencias de Madrid; académico de la Española en el sillón de Cajal, etcétera.

También los estudios de matemáticas encontrarían cauce en la Junta para Ampliación de Estudios. Este campo fue impulsado por la inteligencia y enérgico tesón de Julio Rey Pastor. Ya catedrático, fue becado por la Junta para ampliar estudios en Alemania, y a su vuelta se le encargó la organización del Laboratorio Matemático. Rey Pastor siempre recordaba con admiración que Ortega y Gasset tuviese un gran retrato de Galileo en su despacho, viéndolo como símbolo del gran cambio que estaba sufriendo la filosofía en España. El Laboratorio Matemático inicia sus actividades en

la calle de Santa Teresa, y en él se nuclean varios matemáticos con técnicas nuevas y con una moderna biblioteca. Entre ellos estaban Fernández Baños, Pineda Gutiérrez, Araujo, Orts, Iñiguez Almech, Lorente de No, Puig Adam, etcétera. Se crea la «Revista Matemática», que pronto se llamará Hispano-Americana, con la pretensión de que sea la revista de expresión para los matemáticos de habla hispana. Posteriormente se traslada el Laboratorio Matemático al edificio de la calle de Medinaceli; aquí se preparan los matemáticos más jóvenes: Santaló, San Juan, Ríos, etcétera, quienes cultivaban campos nuevos. En particular, yo he oído decir al profesor alemán Blascke, eminente creador de la Geometría Diferencial, que Santaló fue su mejor discípulo. De Santaló es la teoría de la Geometría Integral.

CAJAL, TORRES QUEVEDO

En Biología, la bien conocida figura de Cajal haría innecesario detenernos en ella. Pero no sólo recibió los más altos premios científicos internacionales, como el Premio Internacional de Moscú, la medalla de oro Helmholtz, otorgada por la Academia de Ciencias de Berlín, y el Nobel de Medicina, obtenido en 1906, como reconocimiento a su labor personal, sino que consiguió

que su trabajo no fuese solitario y que en torno a él, en su Instituto, un grupo de biólogos y médicos también encontrarán aportaciones al acervo científico universal. Por citar sólo algunos, mencionemos a Tello, Nicolás Achúcarro, Del Río Hortega, Lorente de No, Fernando de Castro, etcétera. Severo Ochoa también fue pensionado por la Junta, y a su regreso, en 1933, se incorporó al Laboratorio de Fisiología.

También es importante recordar la gran figura de Torres Quevedo, auténtico precursor de nuestro tiempo, ya que a él se deben las primeras ideas de telemando, materializadas en su Telekino; un gran desarrollo de la automática, como lo demostró con su jugador de ajedrez; la importancia dada a los lenguajes artificiales para la descripción de máquinas y engranajes.

No podemos recordar a todas las personas y a todas las cosas que colaboraron para hacer de la Junta para la Ampliación de Estudios una de las instituciones científicas más ejemplares, no sólo para nuestro país, sino para todas aquellas que atrasadas en la ciencia querían dar un salto hacia adelante para incorporarse en el quehacer científico internacional. Y su merecido prestigio lo alcanzó en poco más de dos décadas.

La guerra civil de 1936 a 1939 dispersó la obra que se había construido con tanto esfuerzo, tesón y

delicadeza. En estos años, la inactividad fue casi total, y causa admiración el entusiasmo de Barinaga para conseguir papel, en una ciudad sitiada como la de Madrid, que le permitiera seguir sacando la «Revista Matemática». Gran parte de los científicos tuvieron que emigrar. Blas Cabrera fue primero a París, y más tarde a Méjico, donde desempeñó las cátedras de Física Atómica y de Historia de la Física hasta su muerte, en 1945. Duperlier

LA CIENCIA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO

emigra a Inglaterra, trabajando en el Imperial College, donde monta un buen laboratorio. Durante el ministerio de Ruiz Jiménez vuelve Duperlier a Madrid, pero por causas que nunca han sido bien aclaradas, su laboratorio, donado por la Universidad de Londres como homenaje a sus servicios prestados, nunca cruzó nuestra Aduana. Duperlier murió pocos años más tarde. Del Río Hortega se exilia en Inglaterra, trabajando primero en Oxford, en el Radcliffe Institute. En 1940 va a la Argentina, siendo allí director del Laboratorio de Investigaciones Histológicas e Histopatológicas hasta su muerte, en 1945. Santaló, tras estar unos meses en Francia, es llamado por Rey Pastor a la Argentina, donde se desplaza, y trabaja en la Universidad de Buenos Aires hasta nuestros días. Ochoa marchó a Heidelberg, Oxford, y en 1940, a Estados Unidos. Un Premio Nobel gestado en la Junta se perdería para España.

* * *

Con este breve panorama de la actividad científica desarrollada por la Junta, queremos conseguir, al menos, el dejar patente la vigorosa componente científica que tuvo la cultura española en la primera parte de este siglo, y al tiempo que dar un homenaje a una institución poco conocida por los jóvenes y olvidada o silenciada por los viejos. También queremos reseñar la mayor huida de cerebros que ha habido en nuestra Historia y la consiguiente depauperación intelectual que ello significa, y exponer el convencimiento de que el conocimiento de nuestra Historia estimulará a la juventud a nuevos intentos creativos. ■ E. G. C.

UNA GENERACION FRUSTRADA: LOS MUSICOS DEL 27

En mis relaciones con los compositores de la llamada «generación del 27» no sólo influyen unos estrechos vínculos de sangre, sino también una sincera admiración. Esta admiración se centra, para mí, en algo verdaderamente importante: siempre que pienso en la «generación del 27» —o en la «generación del 31», pues

también podríamos denominarla así—, pienso invariablemente en un día claro, con mucha luz, con mucho sol, es decir, en una especie de magnífica primavera. Esta generación fue la ilusión, la esperanzadora ilusión de la «generación del 98». Una vez que la «generación del 98» —tanto literaria como pictórica o, en fin, políticamente— llegó a establecer en España una forma de pensar, nació la «generación del 27» con toda esa alegría y esperanza que puede tener una juventud que empieza a actuar a partir de unos antecedentes de tanta categoría. Cuando pienso en esa generación veo la enorme diferencia que existe entre su nacimiento y la puesta en marcha de la generación a la que yo pertenezco. Porque nos ha sucedido exactamente todo lo contrario. La «generación del 27» supuso un momento maravilloso para España, sobre todo si tenemos en cuenta que en aquellos instantes se estaba gestando la posibilidad de que España entrase en Europa, de que España tomase el tren que estaba a punto de partir... Me refiero concretamente a todos los acontecimientos de la República. Pero España, por una serie de circunstancias que todos conocemos, perdió ese tren. Y esta es la causa de todos o casi todos los inconvenientes con los cuales se ha tenido que enfrentar mi generación. Por eso imagino ese día lleno de sol y de claridad, y luego, cuando pienso en los años en que me ha tocado ser joven recuerdo unos días grises, sin luz, sin salud, unos días en los que prácticamente todo era imposible. Y entonces no puedo evitar una constante admiración cuando hablo de la «generación del 27». Había, sobre todo, una esperanza; una esperan-

za que luego se vio frustrada. Yo no quiero echar la culpa a los miembros de la «generación del 27» de esa frustración, pero no tengo más remedio que hablar así, porque así es la realidad y porque yo he sido víctima de esa frustración. Bueno, al hablar de mí hablo de toda una generación, de toda una situación española...

Manuel de Falla estaba entonces en la cúspide de su gloria, de su fama, de su poder creativo. Y aquellos jóvenes de la «generación del 27» tenían abiertas las puertas de Europa. Luego, cuando salieron de España, no pudieron o no supieron continuar lo que con tanta ilusión habían comenzado. Puedo citar algunos nombres (aunque, claro, siempre se quedará alguno sin citar, y por ello pido disculpas). Quizá los más importantes fueron Julián Bautista, Salvador Bacarisse, Gustavo Pittaluga, Rodolfo Halffter, Ernesto Halffter, Joaquín Rodrigo, Roberto Gerhard, Rosita García Ascot, Fernando Remacha y algunos otros que hicieron de esta generación un grupo musical verdaderamente importante en aquellos momentos. Pero es curioso que cuando escriben música aquí, escriben de una forma, y cuando salen de España, escriben de otra manera distinta.

Creo que estas palabras podrían tener como música de fondo una obra que escribió Bacarisse en sus últimos años; me refiero al «Concertino para guitarra y orquesta», una obra profundamente romántica, en la que el problema de la tonalidad no es tal problema porque está dentro de la más estricta tonalidad de «la menor», una obra en la que no hay ningún problema de tipo ar-